

*A Amalia, mi puerto y mi sonrisa azul*

*A Alejandro y Carlos*

*A Pedro Gómez*



La amistad es un alma que habita en dos cuerpos;  
un corazón que habita en dos almas

*Aristóteles, 384 AC-322AC*



## PROLOGO

**A**lzó con esfuerzo la pesada tapa del arcón, debajo de la ventana de su aposento, y encontró las velas que recordaba haber visto el día de su llegada. Mientras las cogía, el viento arrojó con fuerza una cortina de agua contra los cristales y el sonido la sobresaltó. Dejó caer la cubierta del baúl y se concedió un instante para admirar el espectáculo. El lago se veía dotado de una luz suave y peculiar, gracias a la conjunción de la luna llena que con la constante lluvia, hacía que la superficie refulgiera.

Escuchó un rumor de voces que se aproximaban por el pasillo. Todos se encaminaban hacia el salón para la reunión de aquella noche, así que se dispuso también para acudir a la cita. Mientras cerraba la puerta vio con recelo, sobre la mesa, las hojas que había escrito la tarde anterior. Recordó lo ridículas que le habían parecido al principio, tras releerlas una y otra vez, tachando y enmendando, y se dijo que de ninguna forma se atrevería a compartirlas con compañeros tales como con los que se hallaba aquellos días. En el mejor de los casos, al escuchar su relato, mantendrían un educado silencio o tal vez sonreirían con benevolencia ante los vanos intentos de una muchacha de diecinueve años que intentaba hilvanar una historia que fuera capaz de llamar su atención. No quería ni imaginar cuál sería en rea-

lidad su opinión ni mucho menos en lo que comentarían cuando ella no estuviera presente. Los había escuchado en no pocas ocasiones hablar y ridiculizar las obras de autores y artistas en términos incluso despiadados, y no deseaba terminar entre sus crueles fauces de esa manera, sirviendo a su entretenimiento.

Abrió de nuevo la puerta y se dirigió resuelta a su escritorio barriéndolo con la mano y recogiendo su relato, mientras en su imaginación congelaba con determinación las hirientes risas de sus amigos. No iba a entrar en el juego de considerarse menos que ellos por el hecho de ser una mujer. Al contrario. Había mucho que decir al respecto, y ella no era de las que consideraba una opción el permanecer callada.

Cuando llegó al salón celebró comprobar que la enorme chimenea ya había sido encendida y la amplia habitación se mostraba acogedora; la lluvia y el viento que hacía ya tres días los mantenían confinados en la villa no había impedido que se encontraran cómodos. El contrapunto, por desgracia, era que no les resultaba posible disfrutar de los espléndidos jardines ni del hermoso lago; de todas formas su anfitrión había conseguido, merced a su innegable ingenio, que los días, y en especial las noches, fueran amenas.

Lo contempló de pie, delante del fuego crepitante, con las llamas iluminando uno de los lados de su rostro. Las damas lo calificaban como un hombre apuesto y sin duda lo era, pero ella estimaba que no se trataba de un atractivo únicamente físico. Era dueño de una personalidad realmente arrolladora, en no pocas ocasiones extravagante, incluso afectada, pero su aplomo le confería una distinción que lo hacía seductor tanto a los ojos de las mujeres como

también ante los hombres que lo consideraban una especie de ejemplo, un mentor espiritual, a pesar de lo habitualmente mundano de su proceder. O quizás, precisamente por eso.

Siempre pretencioso, admiró el brillo del guardamonte de nácar de la pistola que llevaba al cinto, un arma completamente innecesaria teniendo en cuenta el plácido lugar donde se encontraban, pero que contribuía, de forma estudiada, a configurar el detalle del personaje que el poeta había creado a partir de sí mismo. No pudo evitar apreciar el marcado contraste que existía al compararlo con la persona con la que conversaba en aquel momento. Las mismas ascuas que brillaban en el hogar los iluminaban a ambos, pero mientras a uno le confería una pátina de superioridad, a su interlocutor parecía sumirlo en las sombras. Su postura, levemente encogida, dejaba traslucir que se sentía inferior en presencia del insigne escritor. Se sintió identificada de inmediato con ese carácter pusilánime y con la misma celeridad con la que experimentó dicha incómoda sensación la expulsó de su ánimo mientras, inconscientemente, aferraba y arrugaba levemente las hojas que había escrito con tanto esmero. Recordó las charlas que había mantenido durante esas jornadas con aquel joven médico, así como las historias que había comenzado a escribir y cuya lectura le había confiado. La mujer se irguió, como una forma de contrarrestar lo injusto que le parecía que alguien capaz de usar las palabras y crear de esa manera se considerara un segundón en presencia del poeta.

Uno de los criados la sacó de sus pensamientos indicándole si era tan amable de entregarle las velas que había traído consigo para proceder a distribuir las por el salón y encenderlas. Mientras el sirviente

se alejaba, examinó encantada el ambiente que la rodeaba. Las llamas que surgían de los leños que se consumían en la chimenea centraban la noche mientras docenas de velas prendidas creaban juegos de luces y sombras que en unión de los sonidos de la tormenta creaba el efecto que su anfitrión, sin duda, buscaba obtener.

Con un gesto displicente, despidió al doctor y se situó, en silencio, delante de la docena de personas que se encontraba reunida aquella noche. No tuvo necesidad de reclamar silencio. Las conversaciones se fueron apagando tan sólo con el gesto sereno del hombre, que indicaba que iba a hablar. Sólo cuando los únicos sonidos fueron los de la lluvia y el fuego, exhibió su voz.

—Cuántos dirían que ésta es una noche horrible. Sin duda, más de uno buscaría el refugio de su lecho en espera de la tranquilizadora luz del sol, refugiando sus temores debajo de las sábanas, rezando a los dioses pidiendo protección, pensando y temiendo que es en noches como ésta cuando el Mal, lo Oscuro, tiene más fuerza y se despliega por el mundo. Pero nosotros... nosotros no somos así. —dijo en un intencionado susurro mientras paseaba la mirada entre su atento auditorio.

—No tenemos miedo. Al menos, ese tipo de miedo; en nuestro caso, no tememos sino al aburrimiento y a la mediocridad. Son horas oscuras, cierto, pero no grises. Es hora de crear... es nuestro tiempo. Así que... juguemos.

La mujer contempló los rostros de las personas con las que compartía la velada y celebraban el divertimento que había ideado su anfitrión. Buscó quiénes habían traído consigo escritos, y aparte de ella, comprobó que tan sólo cuatro o cinco habían



cumplido con la tarea que les había sido propuesta. Para muchos se trataba de un pasatiempo sin la mayor importancia, y por pereza o falta de interés habían optado por no redactar nada. Otros habían aceptado el curioso reto y portaban sus escritos con mimo. No necesitó comprobar en qué grupo se encontraba el joven doctor.

—Bien. ¿Quién empieza? deseamos escuchar vuestras sombras, descubrir vuestros miedos, averiguar cuál es el nombre de vuestros fantasmas ¿los habéis traído con vosotros? Decidme. ¿Quién quiere comenzar?

Todos los presentes se sorprendieron, con excepción del apocado médico, cuando aquella poco agraciada muchacha londinense, la más joven de todos los que allí se encontraban, se puso en pie y sí, sin titubear, reveló sus monstruos.

Comprobó una vez más con desgana el reloj. Volvía a llegar con retraso, pero ya hacía tiempo que se había rendido a la realidad de que se enfrentaba a una batalla perdida. Daba lo mismo que pusiera el despertador diez minutos antes o después, ya que sus dos hijos siempre se las apañaban para remolonear en la cama o no encontrar los deberes; al final, terminaban saliendo de casa a la carrera, con los minutos justos para dejarlos en el colegio y de forma que ella, en eso sí puntualmente, se incorporara al atasco de tráfico correspondiente que le obsequiaba comenzar el día con prisas y agobiada.

El semáforo volvió a iluminar su disco rojo por segunda vez consecutiva sin que la fila de coches que lo encaraba se moviera ni un centímetro. Algunos conductores se dedicaban a hacer sonar las bocinas de sus vehículos con la vana ilusión de conseguir avanzar unos metros. Irene optó por poner la radio y sintonizar algo de música que le ayudara a espantar los rastros de sueño que el café no había conseguido disipar. Introdujo la mano en su bolso y buscó con descuido la lista que le habían remitido por correo electrónico desde su oficina y que había impreso a toda velocidad antes de salir de casa. Mientras intentaba descifrarla encendió un cigarrillo, con la esperanza de que la nicotina la espabilara.

Con un vistazo verificó que tenía que realizar las mismas visitas de siempre, las mismas ancianas. No, tenía una nueva usuaria. En concreto, le habían asignado dos días, martes y jueves. La dirección no le resultaba familiar, pero sería cuestión de preguntar a alguna de las mujeres a las que prestaba atención a domicilio. Vivían en el barrio toda su vida, de forma que conocían cada rincón, anécdota y cotilleo de la totalidad de sus vecinos. Cualquiera de ellas podría orientarla. Dejó la hoja con la ruta de la semana sobre su bolso, mientras el semáforo se ponía en rojo de nuevo.

El mes que viene cumpliría tres años trabajando en la empresa. Los contratos por días y semanas habían dado paso a cubrir la baja maternal de una de sus compañeras, mientras que en el horizonte flotaba la promesa de un contrato fijo. Sabía que estaba bien valorada por sus jefes, aunque aquello, en los días que corrían, tampoco significara demasiado. Si la coyuntura económica empeoraba y tenían que despedirla, lo harían sin dudar. Eso sí, con la promesa de llamarla cuando todo mejorara y una lista de frases al uso tan extensa como vacía. Atesoraba suficientes empleos y entrevistas de trabajo a sus espaldas como para no creer de forma ingenua en todo lo que le aseguraban.

Cuando por fin logró dejar atrás el semáforo, decidió recuperar los minutos perdidos empleando un par de atajos no excesivamente lícitos. Embocó con el coche una calle presidida por un disco de dirección prohibida al que ignoró sin titubear y se dispuso a la ardua tarea de encontrar aparcamiento. Llegaba quince minutos tarde. Le daba igual, emplearía otros cinco en buscar un lugar donde estacionar el coche de forma correcta. Este mes ya llevaba dos multas y

sólo era día doce. Su maltrecha economía doméstica no podía permitirse ni una más.

Cuando aparcó, cogió del asiento contiguo su bolso, la bata de trabajo, sus zuecos y la caja de guantes. En su ya lejana primera jornada de trabajo pensó que no iba a necesitarlos, pero no tardó en comprobar que en algunas casas le hubiera venido bien incluso disponer de una mascarilla. Si bien algunas ancianas eran pulcras y cuidadosas con su higiene, otras, más deterioradas física y psíquicamente, no tenían ya la voluntad ni eran capaces de asear no sólo sus viviendas sino tampoco a ellas mismas. Llamó al timbre y comprobó el reloj. Casi media hora tarde.

La puerta se abrió una pequeña rendija e Irene entrevió el rostro arrugado y canoso de su primera cliente del día.

—Josefa, buenos días, ¿ha desayunado ya?

—No encuentro el café —contestó la anciana mientras le franqueaba el paso a la vivienda.

—Estará donde siempre, mujer. ¿Ha tenido visitas el fin de semana? Igual ha venido su nieto y se lo ha cambiado de sitio —Irene esperaba que no fuera así, siempre que invadía la vivienda arrasaba con las existencias de comida de su abuela sin preocuparse de reponer ni una simple barra de pan.

—Sí, creo que sí vino... o no, no me acuerdo, hija.

Cuando entró a la cocina y vio la pila de platos sin fregar y las latas abiertas sobre la encimera, comprobó que sí, que no había duda que había venido. Él y unos cuantos más, a juzgar por el estado en que habían dejado la casa.

Se dio la vuelta para decirle a Josefa que ella estaba allí para prestarle ayuda domiciliaria a ella, pero no para limpiar la porquería que dejaba su nie-

to y sus amigotes, que sus tareas no consistían en ser una limpiadora ni...

La mirada que encontró en la anciana era tan limpia como triste, perdida en algún lugar y tiempo lejano, sin duda bastante mejor que la soledad de aquella casa vacía. Una mirada así merecía muchas cosas.

—Josefa, mujer, si tiene la cafetera y todo lo demás aquí encima. Voy a preparar un poco de café y mientras ordeno esto me cuenta lo de su vecina Brígida, que seguro que usted es la única que sabe bien qué le ha pasado.

Buscó y encontró entre el desbarajuste de la cocina dos tazas descascarilladas pero limpias en las que comenzó a disolver, entre el aroma del café y la conversación, esas miserias llamadas pena y abandono.

A media mañana resolvió concederse un instante de descanso en un bar para tomar un tentempié antes de acudir a la siguiente casa de su ruta. Meditó un segundo si su estómago toleraría otro café más y decidió que sin duda no le convenía, pero el día no había hecho más que comenzar e iba a ser largo. Después de su jornada laboral remunerada comenzaría la vocacional, es decir, ejercer de madre, ama de casa y un sinfín más de títulos dudosamente honoríficos que le habían caído encima sin solicitarlos formalmente.

Pidió también una tostada con aceite y sal, y mientras el camarero se la preparaba, sacó de su bolso la libreta moleskine que le había regalado Carlos por su cumpleaños.

—Así dejarás de llevar encima ese montón de notas y papeles dispersos. Al final se te olvida todo y no encuentras nada cuando lo necesitas —recordó que le dijo cuando la tuvo en sus manos por primera vez.

Irene evocó con una sonrisa el irreprochable argumento de su novio. Con un gesto, liberó la goma que abrazaba el cuaderno y lo abrió. En la primera hoja figuraba escrita la fecha en que le realizó el obsequio y debajo comenzaba la enumeración de una extensa lista de tareas pendientes; por fortuna, algunas ya

habían sido realizadas como se deducía por la raya que las tachaba.

Era cierto, la libreta le había resultado de gran utilidad. En vez de tener desperdigados por el bolso o en su monedero montones de notas, servilletas o resguardos de compra con todo tipo de anotaciones, teléfonos, correos electrónicos o citas pendientes, ahora tenía todos esos papeles perfectamente acumulados en el interior de la moleskine. Cuando Carlos vio el uso que le daba le explicó que no se trataba de una carpeta sino que era un cuaderno para tomar notas y evitar, precisamente, tanto papelucho disperso. Al comenzar a explicarle que Hemingway, Picasso o incluso Van Gogh tuvieron una, Irene colocó un dedo sobre sus labios, le atusó el pelo y besó su mejilla. Carlos y sus cosas. Eran dos personas muy diferentes, pero por suerte, también complementarias. Ella, tan caótica, le aportaba a él un punto de locura, que el hombre le devolvía bajo forma de estabilidad y sosiego. Al principio había sido confuso, pero ya habían logrado descubrir un punto de equilibrio más que satisfactorio. Se comprendían y se aceptaban. Había sido un pequeño triunfo para ambos, después de unas vidas de desencuentros amorosos. Desde que estaban juntos, tenían la impagable sensación de descanso, de que por fin la vida se había ralentizado y era posible apreciar y disfrutar la sencillez del día a día.

Mientras tomaba con lentitud su nueva dosis de caféina, contempló sus manos. En cuestión de meses, se habían estropeado sensiblemente. Incluso le había salido un callo en una de las manos, el callo de la fregona, como lo llamaba ella. Pensó por un instante en su otra vida, en aquellos años que estaban al fondo de su memoria, pero lo hizo de forma fugaz.

No era propio de ella solazarse en los recuerdos ni mucho menos dejarse arrastrar ni embaucar por la nostalgia.

Rebuscó en su bolso y extrajo un bolígrafo; en la primera hoja en blanco que encontró en la moleskine, hizo una pequeña relación de asuntos cotidianos que tenía a medio hacer: compras, deberes de sus hijos, alguna gestión bancaria... cuando acabó, enlazó con la goma de nuevo las tapas de la libreta y pensó en Carlos, en su relación con él. Un vínculo sentimental era una forma de atarse, sin duda, pero ciertas ataduras, cuando son escogidas, no merecen tal nombre. El que ambos se encontraran y se unieran en aquel momento de sus vidas le había permitido reposar, sosegarse y —pensó esbozando una pequeña sonrisa— conquistar ese pequeño y a veces perdido tesoro en medio de la celeridad del día a día que ella llamaba tranquilidad y que otros tildaban como aburrimiento.

Estiró un poco la goma, con la certeza de tener aseguradas la miríada de papeles que albergaba en el cuaderno. Pagó su desayuno y volvió al coche para proseguir su jornada laboral.